

La Santa Teresa del P. Tomás Rodríguez y sus analogías con San Agustín

RESUMEN

Dotes naturales de estos dos Santos: entendimiento, memoria y voluntad. Ambiente moral de su tiempo y situación de los dos Santos antes y después de su conversión. El amor y la humildad como ley de ambos santos. Comparación de la Regla de S. Agustín con las Constituciones de la Santa. Doctrina espiritual de S. Agustín y de la Santa: Vida activa y contemplativa. Su idea de la contemplación: Los 4 primeros grados de Sabiduría en S. Agustín y las 4 primeras Moradas de la Santa. El 4º y 6º grado, en S. Agustín, y la 5ª Morada. Doctrina de S. Agustín y la Santa sobre éxtasis y visiones. Último grado de Sabiduría en Agustín y la 7ª Morada de la Santa. Conclusión.

ABSTRACT

Natural gifts of these two Saints: their understanding, memory and will. Moral environment of their time and situation before and after their conversion. Love and humility as the law of both Saints. Comparison of the rule of Saint Augustine with the Constitutions of the Saint Therese. Spiritual doctrine of Saint Augustine and of the Saint Therese: active and contemplative life. Their idea of Contemplation: The first 4 degrees of wisdom in Saint Augustine and the first 4 of the dwelling place. The 5th and 6th degree in Saint Augustine, and the 5th and 6th of the dwelling place. Doctrine of Saint Augustine and Saint Therese about ecstasies and visions. The last degree of wisdom in Saint Augustine and the 7th of the dwelling place of the Saint. Conclusion.

INTRODUCCIÓN

El P. Tomás abre su obra con las palabras de la Santa: “Como comencé a leer sus *Confesiones* parécheme me vía yo allí” (*Vida* 9)¹. Luego, nos recuerda que todos los santos se parecen “porque todos ha tenido un Maestro” y modelo: Cristo, “dechado perfectísimo a quién trataron de asemejarse” copiando sus virtudes: A5. Así, con la gracia de Dios, unos imitaron su mansedumbre, otros su pureza, otros su celo por las almas, que “tanto hermosea y realza” la “grandeza de la Iglesia”: A6. Pero, como a los grandes maestros, sólo se les imita algún aspecto, lo mismo pasa con Cristo, aunque todos digan con S. Pablo: *Vivo yo, ya no yo, sino que Cristo vive en mi* (Gal 2,2): A7.

Con todo, hay santos que se parecen tanto que “no es posible recordar los hechos y virtudes del uno, sin que vengan a la memoria los del otro. Tales son “S. Agustín y Sta. Teresa, almas nobilísimas y generosas, corazones grandes y esforzados, que latieron a impulsos de un mismo amor, vivieron la misma vida, fueron animados del mismo espíritu y en todos su actos manifestaron idénticos deseos y aspiraciones”: A8. Así, la *Vida* (en citas=V) de la Santa, nos recuerda las *Confesiones* y éstas nos invitan a la sencillez y candor con que la Santa nos cuenta toda su vida. Según Vicente de la Fuente, hablando de sus escritos: *ambos parecen forjados en una misma turquesa*, “porque, en verdad, será difícil encontrar obras tan semejantes y que tan al vivo retraten el genio y carácter de sus autores”: A8-9. Estudiar las íntimas relaciones de estas dos almas nos dará sus puntos de contacto y “estrechas Analogías” que “se funden en un solo espíritu que suspiraba por contemplar la belleza infinita y sumergirse en el océano de sus infinitas perfecciones”, y, por eso, han ejercido tanta influencia en la Iglesia, “así por sus heroicas virtudes como por sus excelente escritos”: A9.

¹ P. FR. TOMÁS RODRÍGUEZ, *Analogías entre S. Agustín y Santa Teresa*, Edit. Viuda de Cuesta e Hijos, Valladolid 1883, 1^a ed. Estudio premiado con la medalla de plata en el Certamen Teresiano de Salamanca. Este ejemplar lo dedica el autor, del Colegio de la Vid, con su firma de 1882: “Para el Colegio de Valladolid”. En citas: A. (Biblioteca de los Filipinos de VA. Signatura: A248 R61TAna).

El P. Tomás² pretende sólo “decir algo de las relaciones que encontramos en la vida y escritos de ambos santos”, estudiando: 1º.- Su espíritu, “sus propiedades características, sus móviles y aspiraciones”. 2º.- Las manifestaciones de “ese espíritu en los actos de su vida, así pública como privada”, y 3º.- “Hacer notar las relaciones que median entre la doctrina espiritual de ambos santos”: A10-11. El autor confía en la intercesión de ambos santos para llevar su obra a buen puerto.

1. DOTES NATURALES DE ESTOS SANTOS

Fr. Luis nos recuerda que las almas humanas son todas de la misma especie, pero unas son más perfectas que otras. No hay duda de que las de estos dos Santos “fueron superiores a las del común de los hombres”. A los dos dotó “Dios de ingenio profundo, agudo y penetrante, de memoria fácil y tenaz, de voluntad recta y bien ordenada, inclinada a todo lo bueno y hermoso”, según el “recto orden establecido por Dios para el gobierno de las criaturas”: A13.

1.1. Entendimiento, memoria y voluntad

En S. Agustín es claro su talento ante las cuestiones “más difíciles y espinosas de la filosofía”, “los misterios más recónditos de nuestra Religión” y la Escritura, y dar “reglas de conducta para todas los estados, edades y condiciones”, como conocedor notabilísimo de “todas las ciencias y las artes” de su tiempo y con “un caudal tan variado de

² El. P. Tomás nace en Villanueva de Abajo, en la Valdavia palentina, el 7.3.1852. Profesó en Valladolid el 8.9.1869. Profesor de la Vid y El Escorial. Director de *La Ciudad de Dios*. Publica este estudio en la Biblioteca de la *Revista Agustiniana*. Destinado a Filipinas el 14.9.1894. En septiembre de 1895 es nombrado Procurador General de la Orden. León XIII le nombra Vicario General en el 3.8.1896 y General el 6.7.1898. Reelegido en 1907 y 1913. Se retiró a la Residencia de Barcelona, en 1919, donde murió el 2.4.1921. Vive la gran crisis del 98, y la fundación de la OAR el 16.12.1912. Creó *Analecta Agustiniana* y vivió la canonización de Sta. Rita, la Beatificación de E. Bellesini y Federico de Ratisbona entre otros. Escribió en *Revista Agustiniana*, *La Ciudad de Dios*, *España y América* y *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*. Sobre el P. Tomás han escrito varios historiadores. Uno de los más recientes Rafael Lazcano en su libro de los Generales OSA. (Del artículo de J.J. Vallejo. Academia de la Historia).

conocimientos”: A14. Él mismo nos cuenta en sus *Confesiones* que leyó las *Categorías* de Aristóteles sin encontrar las dificultades que tuvieron viejos maestros: A15. Lo mismo le ocurrió con las “artes que llamaban liberales”. La “retórica, lógica, geometría y aritmética, las aprendí sin dificultad, y sin que hombre alguno me lo enseñara”. “Estas palabras son el testimonio más convincente de la penetración y agudeza de su ingenio”: A16-18.

Su memoria también era notable como se ve en *La Ciudad de Dios* con sus citas de autores e ideas y su exposición de la Providencia que rige el universo y gobierna “las naciones”: A19-20. Su buena voluntad también se manifiesta por su inclinación a todo “lo verdadero y bueno, aunque afeada por los arrebatos de ardiente pasiones”, empujadas por el mundo que vivió, aunque yo, “no tenía hambre y sed de estas cosas, sino de Ti misma, oh verdad, en quien no cabe mudanza ni sombra de ellas” (*Confs3*, 6): A21. Un esfuerzo gigante que indica su “voluntad hermosa, recta y bien inclinada.

Las mismas cualidades encuentra el P. Tomás en la Santa y piensa que “no verlas sería prueba de estar completamente ciego”, pues, “causa admiración ver a una pobre monja sin estudios ni conocimientos científicos” dilucidar temas de teología como “un teólogo consumado”, exponer peligros y dificultades de los “altos caminos de la contemplación” y el modo de evitarlos, su doctrina de razones poderosas o lecciones de la ciencia del espíritu. Y, “ser maestra y doctora” de los que quieren saber “las secretas sendas” por las que “Dios lleva a algunas almas privilegiadas”: A25-26.

Ella no utiliza los términos técnicos teológicos. Pero pone al alcance de todos los misterios más profundos, y “no se sabe qué admirar más, si la pequeñez y bajeza de las cosas”, que usa en “sus símiles, o la sublimidad y grandeza de las verdades que con ellos manifiesta”: A26. Así, supera las graves dificultades de los temas que trata “dándoles completa solución, gracias a la delicadeza y asombrosa penetración de su peregrino ingenio”. Sus escritos cautivan y entusiasman. Por eso, afirmamos “que el talento natural de Santa Teresa era prodigioso, y que su entendimiento, claro y profundo, en nada cedía al de los sabios más eminentes”: A27.

En cuanto a su memoria, la Santa se queja y “nos asegura que era *muy flaca de memoria*”: A27. Con todo, las narraciones de su Vida, los pormenores a que desciende sobre su experiencia mística, las obras de las *Fundaciones* y la cantidad de personajes, que trata y recuerda con detalle, nos muestran que su memoria no era tan mala, como dice, “con las frases que su humildad le dictaba, sino harto feliz”: A28.

En cuanto a su voluntad, “hermosa y amante de todo lo bueno”, con la que Dios la enriqueció, aunque algunas conversaciones malearon su natural virtuoso, “nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente aborrecía” (V.1): A29-30. Así, ponía gran empeño, en purificar el corazón, en hacer “todo lo que conociera ser del mayor agrado de Dios” y su “franco proceder con sus confesores”: A30-31. Su deseo de “acertar en todo” y su empeño por “el bien de los demás” nos hablan de sus “felices disposiciones para todo lo bueno y hermoso que de Dios había recibido”. De su voluntad da fe su constancia en la oración y lo que sufrió en “la *reforma*” “con heroica resignación y hasta con alegría”: A31.

De este modo, vemos las grandes cualidades intelectuales y morales que adornaron a los dos Santos, aunque Agustín destaca mucho, en lo intelectual, por su educación literaria, que no tuvo la Santa: A32. Pero, no conviene olvidar otros aspectos, no puramente intelectuales, pero fundamentales en el ser humano como la exquisita sensibilidad, la rica imaginación y el buen gusto, que les dan ese “atractivo misterioso” que “avasalla el entendimiento y cautiva el corazón”, con una galanura y desaliño, que infunden en quién les lee, y le obligan a “pensar y sentir como ellos piensan y sienten” pues son fruto de un corazón en “extremo sensible”: A34. Así, el Santo vibra leyendo a Virgilio y la Santa “libros de caballería”, y “Agustín como Teresa, (tenían) entendimiento claro, profundo y agudo, penetrante ingenio, memoria fiel, voluntad recta y constante, juicio atinado, imaginación ardiente y fogosa, sensibilidad extremada y criterio en todo ajustado a las leyes del bueno gusto”. Grandes prendas que ennoblecen “la naturaleza humana”, y, con su modestia, mansedumbre y deseo de llegar a Dios, “sin perdonar trabajos y fatigas”, son dos “seres extraordinarios, escogidos por Dios para realizar altos fines de su providencia amorosa”: A 35-36.

En fin, sobre la inteligencia de la Santa hay que recordar que como es sabido y cita el P. Tomás: *si no tenía libro nuevo no le parecía tener contento* (V.2): A35. Y, como está bien demostrado: el que mucho lee, no sólo, mucho aprende, como dice el Quijote, sino que desarrolla mucho su inteligencia, como demuestra la Psicología y nos enseña la experiencia de Profesor, y ocurre en la Santa. Además, recibe grandes enseñanzas de sus Confesores y Consejeros como S. Pedro de Alcántara, S. Juan de Ávila y S. Juan de la Cruz, Báñez y otros O.P., y los Jesuitas, muchos elegidos por Ella.

1.2. El amor como ley de ambos santos

Todas estas cualidades, que hemos visto, necesitan un lazo que las una y oriente a su meta: sus “eternos ideales” (A37), para no perderse en fantasmagorías inútiles como ocurrió, con muchos grandes ingenios desorientados, sino que formen un “todo armónico”, para un “fin noble y elevado”, con medios adecuados y reglas de “conducta intachable”, y ser fuente “de inspiración y de luz” para los que acuden a ellos “con profundo y religioso silencio”: A38-9.

Según el P. Tomás, la ley que dirigió a Agustín y Teresa, en sus “vidas heroicas” de “tan hermosos y abundantes frutos”, no fue otra que la del amor: “Sólo el amor reinaba en sus corazones; del amor vivían, en el amor pensaban, con el amor se entretenían, y por amor obraban. El amor era el centro de sus almas”. “Amar y ser amados eran sus delicias, el resorte misterioso que ponía en movimiento sus corazones, el objeto de sus abrasados suspiros, el término de sus deseos, el colmo de su felicidad y su dicha”: A40-41. Pero su amor, no era el amor propio, ruin y rastrero, ni la caridad aparente, sino “el amor santo, esa chispa desprendida del seno mismo de Dios, que enciende inmensas hogueras de fuego celeste, ese amor que todo lo rinde” y suspira por el Amado: A41.

El amor selló su vida y obra: “Si oraban, leían, escribían, enseñaban, corregían, aconsejaban o hacían cualquier otra cosa, siempre tenían por norte el amor”: A42. Del amor procedía su carácter afable, dulce, que retratan sus cartas, y produce “frutos de bendición”, en el tiempo de “su total entrega” a Dios, tras su conversión, pues antes era

“imperfecto y aún culpable”, de ahí “los grandes extravíos” de Agustín y “la pequeñas imperfecciones” de la Santa antes de su renuncia total al mundo: A43-44.

Siempre reinó en ellos el amor, aunque al principio con egoísmos. La lectura del *Hortensio* hizo que “Agustín diese dirección más noble y recta a su amor”. Y, así, dice: “me mudó”: “me hizo dirigir a Vos, Señor, mis súplicas y ruegos, y que mis intenciones y deseos fuesen muy otros de los que antes eran”: A46-47. Y, dejadas las vanas esperanzas, “con increíble ardor del mi corazón deseaba la inmortal sabiduría”, y, “comencé a levantarme para volver a Vos”. Así, “¡Dios mío, deseaba volver a tomar vuelo y elevarme sobre todas estas cosas terrenas hasta llegar a Vos!” (*Conf3,4*): A48.

Luego, comienza a estudiar las Escrituras, camino de Cristo, pero, cae en el maniqueísmo, y aunque decepcionado de su líder, sigue con ellos hasta tener nuevas luces que mitigaran “el hambre y sed que de verdad tenía”: A50-51. “De tan angustioso estado solo podría sacarle la gracia divina”. Y “esta empezó a obrar en su corazón”, al escuchar “la poderosa y elocuente voz de S. Ambrosio”, en Milán, donde expónia “los augustos misterios de nuestra Religión, vindicándolos a la vez de las falsas interpretaciones de los maniqueos”: A52.

Aquí, ya se orienta Agustín “en el seno de la Iglesia”, donde descubre “la hermosura de las verdades católicas; hasta que por fin la misteriosa voz que oyó estando luchando con sus pasiones bajo la histórica higuera, rompió el último eslabón de la pesada cadena que hasta entonces le había sujetado”. Así, toda su vida “era dirigida por el amor, terreno y mundanal aun”, “pero siempre bastante fuerte para impulsarle a obrar”.

“Lo mismo podemos decir de Sta. Teresa, si bien sus ligeros extravíos no son comparables con los del joven africano”. “Santa Teresa amaba, y amaba con todo el ardor de su alma”. Desde sus más tiernos años “el objeto de su amor fue siempre Dios”, “día y noche pensaba en su Amado, y esto explica aquellas ansias y fervorosos deseos de padecer el martirio con apenas 7 años”, hasta llegar un día al: “Sólo Dios basta”: A53-54. Con todo: los libros de caballerías, personas poco recatadas, parientes de su edad, su deseo de contentar, “parecer bien” y otras vanidades, “que eran hartas, por ser muy curiosa” (*V.2*), le

desorientan un tanto, y podría haber perdido la inocencia “si la mano poderosa de Dios” “no la contuviera”: A54.

Pues no reparaba en pecados veniales aunque no quería hacer daño a nadie. Su buen padre lo advirtió y “la llevó al convento de Sta. María de Gracia”, de las Agustinas para que “perfeccionasen su educación moral” e instruyesen en las “cosas convenientes a una mujer”. Así: No es extraño que el espíritu de la Santa se parezca al de Agustín, pues “fue amamantado con sus máximas y doctrinas”: A55-56. Y, porque los dos tenían, en el corazón, un volcán lleno de amor a Dios y al prójimo. En ese retiro, entró en sí misma, con las conversaciones y ejemplos de las religiosas, en especial de la Madre Briceño, y les pedía que rogasen a Dios para acertar en la elección de estado, aunque aún era “muy enemiga de ser monja”, pero tampoco quería casarse: A56.

Con todo, después de 3 meses, pensando que los trabajos de ser monja no eran mayores que los del purgatorio, y como ella creía “había bien merecido el infierno, y la esperanza de ir luego derecha la cielo, que eran todos sus deseos”, la llevó a decir “a su padre que quería ser monja, lo cual, casi era como tomar el hábito, porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás de ninguna manera”. Pero, al dejar a su padre: “no creo será más el sentimiento cuando me muera”, pues sin el “amor de Dios”, que integrara el de los “parientes”, fue hacerme “una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante” (V.3; 6): A57-58.

Así, vive le Noviciado “con mucho recogimiento” y “sumo deleite en todas las cosas de religión”. Pero, ya de profesa va dejando la oración y se mete en conversaciones y trato mundano que sentía vergüenza de “en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme llegar a Dios” (V.7): A58. En esta situación no encontraba paz ni sosiego y “le causaba gran pena”, pues “en acordarme de lo que debía a Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban”. Así que, la Santa nos dice que esta “es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años”: A59.

Fue un estado lastimoso, de “su amor entre Dios y el mundo”, que no encontraba “descanso su corazón magnánimo”, hasta romper “los frívolos pasatiempos del mundo y arrojarse en brazos de Dios”: A59. Dios la intimaba, con “no pequeños regalos”, en su falta de corres-

pondencia, hasta que un día leyendo la conversión de S. Agustín, “le tocó Dios el corazón”, trocó todos sus afectos, y “resolvió para siempre no amar sino a Dios, sintiéndose desde aquellos momentos completamente mudada y experimentando tanto consuelo, que le parecía no había más que desear”: A60.

Así que, la vida de ambos santos, insiste el P. Tomás, “pone de manifiesto que el móvil de todas sus acciones era el amor”, pero, antes de su conversión, los frutos de ese amor eran amargos y sin descanso, pues nada podía llenar de felicidad “su corazón”: A 60-61. Su total entrega a Dios “puso fin a tanta inquietud y quebranto”, y fueron luz para los extraviados en el camino del amor. Por eso, muy pronto, el corazón, símbolo del amor, fue colocado “en la mano de S. Agustín y al pie de la estatua de Santa Teresa”: Un corazón en llamas en Agustín y traspasado por el dardo del amor en la Santa: A62-63.

1.3. Ambiente moral del tiempo de estos santos

Antes de pasar a “ver las estrechas Analogías que hay entre la vida de uno y otro santo” (A77), conviene recordar, la situación moral del tiempo que les tocó vivir. El de Agustín es el mundo pagano, en plena desorientación moral y decadencia imperial, guiada por el epicureísmo, llena de molicie, banquetes y espectáculos, “ocupaciones de todo ciudadano romano”. En las ideas prevalecen el escepticismo, el maniqueísmo y el neoplatonismo: A64-66. A Agustín le socorre el cristianismo piadoso, de su madre Mónica, que sería atacado por herejías como el arrianismo, el donatismo y otras sectas, de Oriente y Occidente, en acaloradas disputas: A 67-68. Así, ni su “alma nobilísima y corazón magnánimo” ni la ayuda de Mónica le liberan del mundo pagano de su padre: A69-70.

En el caso de Teresa, el s. XVI es abundante en descubrimientos de nuevas tierras, de nuevos aires en las ciencias y las artes, un período de prosperidad y grandeza, “intelectual y moral” que, impulsado por la Iglesia, auguraba a la “humanidad un porvenir lleno de esperanzas”. Pero, ahí, surge una “rebelión” que “sacude el yugo suave de su benéfica protectora” y: “Las discordias civiles, las guerras encarnizadas” incendian los pueblos y sus esperanzas con

la Reforma de Lutero: A71-72. España queda a salvo de esa ignomina, pues su experiencia de siglos le habían enseñado que “fuera del cristianismo sólo encuentran los pueblos opresión y tiranía” y que el camino del Evangelio y del respeto a “los derechos de Dios, tienden a realizar los destinos, para los que la Providencia los ha escogido”, al servicio de los derechos del hombre, en el reino de Dios: A73-74. En este mundo vivió la Santa, con principios e ideas “enteramente opuestos a los que reinaban en las sociedades del tiempo de S. Agustín”: A75. Sus padres infundieron en ella la fe y todo cuanto respiraba “tendía a afianzar más y más en su tierno corazón los principios de la moral cristiana”: A76.

1.4. Analogías entre los dos Santos antes de su conversión

Comparada su juventud apenas se hallarán semejanzas, pero, en algunos rasgos de sus vidas, se advertirán “perfectas analogías y estrechas semejanzas”: A77. Así, Agustín, “desde sus más tiernos años”, es catecúmeno, donde aprende a “invocar a Dios”, para que no le castigaran en la escuela. Pero, su juventud “echó en olvido su primera educación, y se precipitó en los más lamentables excesos” aunque conservó siempre “en el fondo de su corazón el dulcísimo nombre de Jesús”, infundido por su Madre, sin el cual “le parecía vana e insípida cualquier lectura por agradable que fuera” (*Confs*3,4): A78. Los virtuosos padres de Teresa, fueron para ella modelos cristianos, que imitó, en sus “buenos ejemplos” y “saludables consejos”, aunque la afición de su madre a “los libros de Caballería, le perjudicó no poco”: A79. Así, se aficionó a una vida “poco recogida” que impulsó “sus vanidades y la entretenía con ellas”. El cuidado “de su buen padre, y el recato que ella tenía” le evitan males mayores: A80.

S. Agustín comienza a “volver sobre sí” y a “salir del caos” de sus pasiones al leer el *Hortensio* que le hace “suspirar con increíble ardor por la verdadera sabiduría”: A80-81. La Santa comienza a leer buenos libros, por complacer a su tío D. Pedro de Cepeda, que le muestran “la vanidad del mundo”, que era “todo nada”, y, sin aún “inclinarse a ser monja, vio era el mejor y más seguro estado”; y así se determinó a “forzarse para tomarle”: “le dio la vida” ser “amiga de buenos libros”,

y, al leer las cartas S. Jerónimo, se lo dice “a su padre, resuelta ya a no retroceder en el camino emprendido”(V.3): A82.

Agustín ante el relato de Ponticiano, de los jóvenes oficiales decididos a ser amigos de Dios, pide ya a Dios “la castidad y continencia, pero no ahora”, pues la enfermedad de su concupiscencia todavía “más quería verla saciada que extinguida” (*Confs8,7*): A83. También la Santa quiere encontrar su mejor estado para entregarse a Dios, pero “todavía deseaba no fuese monja”, aunque pensaba en “las cosas eternas”: A84. Ambos creían en otra vida, temían la muerte y el “juicio final”, (*Confs6,16*), y la idea del cielo, *para siempre, para siempre*, a Teresa “le ayudó mucho” a tomar ese camino (V.2): A85-86.

A Agustín le encamina S. Ambrosio, y a Teresa “un padre dominico, gran letrado” y los Jesuitas, y tanto le agravan sus “malos principios y el género de vida”, que “había tenido, que por fin se resolvió a dejarlos”: A87. Agustín nos dice que a la muerte de su madre “parece que mi vida se despedazaba, pues la mía y la suya no hacían más que una sola” (*Confs9,12*): A88. Teresa, a la muerte de su padre sentía que “se arrancaba mi alma cuando vía (veía) acabar su vida, porque le quería mucho” (V.7): A89. En fin, al leer sus vidas, uno “queda avassallado”, y debe “confesar que el espíritu que animaba al autor de un libro asistió también en la redacción al otro”: A90-91.

Es muy conmovedor ver al hijo de Mónica en su lucha por su conversión y la aflicción de la futura Santa antes de entregarse de lleno al Señor. En uno y otro vemos su “corazón grande” y su “alma generosa” en lucha con sus “terrenales afectos para lanzarse al seno de la Belleza infinita”: A92. En fin, la Santa nos lo describe perfectamente, así: “como comencé, a leer las *Confesiones*, paréceme me vía yo allí: comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón; estuve gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mi misma con gran aflicción y fatiga” (V.9). De ahí que algún autor dice: “no se puede leer a un santo sin el otro. Y, Flechier sentencia que: como “el más sabio de los Padres de la Iglesia debía ser conquista del más sabio de los Apóstoles” (*Rom13,13*), así “la conversión (si se nos permite la

palabra) de la mujer más sabia y doctora más ilustre de la Iglesia” debía ser conquista “del Doctor más ilustre de la misma”: A94-95.

1.5. Espíritu de S. Agustín y de la Santa tras su conversión

Ambos eran “vivamente apasionados por las cosas del cielo, deseaban-las con ardor, buscaban-las con insistencia y no hallaban descanso hasta verse engolfados en ellas”: A96. Así, lo que parecía imposible dejar, al liberar la gracia su corazón, “les parecía imposible no afanarse por entrar en la posesión de las santas delicias que la fe muestra en lontananza a los que siguen la senda de la virtud”: A96. Y, por este camino llevaron “sus corazones al manantial purísimo de celestiales deleites”, donde bebían “hasta hartarse, y calmaban las amorosas ansias de su espíritu”: A97. Así, al recordar los males pasados, exclama Agustín: “oh cuán dulce y gustoso se me hizo repentinamente el carecer de unos deleites que no eran más que simplezas y vanidades”, pues Vos que sois “la verdadera y suma delicia, las echabais fuera de mi alma” y “en su lugar entrabais Vos que sois dulzura soberana, y superior a todos los deleites”. Y, en lugar de “la ambición de dignidades”, “la codicia” y “deleites sensuales”, “sólo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mis riquezas, mi salud, mi Dios, y mi Señor” (*Conf9,1*): A98.

Así, Sta. Teresa, al leer las Confesiones, exclama: “¡Oh qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece!”. La Santa se admira de cómo lo pudo sufrir, y dice: “sea Dios alabado que me dio vida para salir de muerte tan mortal” (V.9): A99. Y, en su primer arrobamiento en el que oyó: *Ya no quiero que tengas conversación con los hombres, sino con ángeles*, dice que: “Desde aquel día yo quedé tan animada para dejarlo todo por Dios, como quién había querido en aquel momento (que me parece más) dejar otra amistad a su sierva... Sea Dios bendito por siempre que en un punto me dio la libertad que yo con todas cuantas diligencias había hecho muchos años hacía, no pude alcanzar commigo haciendo hasta veces tan gran fuerza que me costaba harto de mi salud”(V.24): A100.

Este amor de Dios se desborda en ellos al centrarse en Él. Como dice Agustín: “Vos sois toda mi complacencia, Vos sois el objeto de mi amor y mis deseos, y esto me lo descubrís vos para que avergonzándome de mí mismo, me desprecie y deje a mí, y os escoja a solo Vos” (*Confs*10,2): A101. Y la Santa: “¡Oh amor que me amas más que yo me puedo amar ni entender! ¿Para qué quiero Señor desear más que lo que Vos quisiéredes darme?” (*Exclam.*17). Así, el amor que infundió Dios en sus corazones, les devolvió “el imperio y señorío” de sí mismos: A102. Los Salmos serán para Agustín “manjar sabrosísimo” y desea que los maniqueos conocieran los “misterios que eran las medicinas más conducentes a su salud” (A103-104), pues: “en Vos es donde se halla ese descanso perfecto, que hace olvidar los trabajos” (*Confs*9,4): A106.

1.5.1. *Estado de S. Agustín y la Santa tras su conversión*

Ahora, Agustín, nos expone su situación, respecto a las concupiscencias “de la carne, de los ojos y la soberbia de la vida” (S. Juan), y nos pone ante su “amor más acendrado y puro” y las “heroicas virtudes con que el cielo le había enriquecido” y “un continuo suspirar por la unión con Dios”, que sufre, con “la pesada carga de su costumbre”, sin disfrutar de Dios, y, así, vino a “ser infeliz en uno y otro estado” (*Confs*10, 40): A109-111.

Y, la Santa, tras su entrega total a Dios y no tener otro “amor más que a Él solo”, recibe grandes favores que “causaban en su espíritu tales incendios de caridad que la abrasaban y consumían”: A113. Así, se deshacía en llanto, por sus “ligeras culpas” y “la ansias amorosas de su corazón”, y exclamaba: “¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos y qué temprano andábades Vos, Señor, granjeando y llamando para que toda me emplease en Vos!” (*Exclam.*4): A114. Por eso, la Santa pide a las almas desprenderse de todo, sin dejarse engañar por el mundo, para que el “cielo las llene con el tesoro de bienes espirituales”, pues dice: “Mirad que es cierto que se da Dios a sí a los que todo lo dejan por Él” (V.27): A115-116. Y, ansiosa de servir a Dios, todo sufrimiento le parecía leve, pues Dios le regalaba con tales dulzuras y oración, en medio de sus trabajos, que parecía estar “crucificada entre el cielo y la tierra”, o como “S. Pablo “está crucificado al mundo”

(V.20; 23): A119-120. Y, su gran amor y caridad dice: “¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado!”(V.16): A121. Y, nos dice: no unirse a Dios era para ella pérdida muy dolorosa.

1.6. Principales virtudes de estos dos Santos

1.6.1. *Virtudes teologales*

El justo “vive de la fe, se alimenta con la esperanza y llega a su perfección mediante la caridad”: A124. Así, peleó Agustín “las batallas del Señor”, con los enemigos de la Iglesia, llevándola, con su Gracia, a gran “prosperidad” y “santidad”. La Santa con su oración, escritos y Reforma difundió las virtudes teologales e impulsó el espíritu de Trento. Trabajó y padeció sin descanso por la salvación de las almas, y suplicaba a Dios, muchos y buenos predicadores, dispuesta a mil muertes por librar un alma del infierno. A eso invitaba a sus hijas: A125-128. S. Agustín dijo aquello de: “No quiero salvarme sin vosotros” (Sermón 17,2,2), que define su vida de buen Pastor: A129. Con todos era amable, afable y compasivo como reconocieron hasta sus enemigos. Fue “el alma de los Concilios de África” y gran defensor de la Iglesia. Nunca permitió hablar mal de otros, como puso en su comedor. La Santa espantaba la murmuración, y: “Vínose a entender que donde yo estaba tenían (todas) seguras las espaldas” (V.6): A 131-133.

1.6.2. *Humildad*³

Con sus grandes virtudes, la humildad “había echado hondas raíces en sus corazones”. Se complacían en ser tenidos en poco, “se creían inhábiles para todo” y atribuyen todos sus bienes a la gracia de Dios (Carta 231,6). Agustín se consideraba “un principiante en el

³ Sobre este tema: Cfr.: JESÚS, B. de: «“Verdadera humildad”. En los fundamentos de la ascética teresiana. Revista de Espiritualidad 087-089», 22 (1963) 681-722. En esta *Revista de Espiritualidad* están muy bien estudiados muchos temas de la Santa.

estudio de las divinas letras” (Carta 137,3). La Santa sentía mucho que “las mercedes” que Dios le hacía fueran conocidas por otras personas: A134-135. Le mortificaba le hiciesen grandes recibimientos (V.10: carta 241), e invitaba a alabar a Dios “autor de todo lo bueno, sano y perfecto”: A137. Agustín no quería ser tenido por maestro ni que “sus juicios se tuviesen por infalibles” y escuchaba otras opiniones con respeto: A139. Como dice a Marcelino, él quiere pertenecer “al número de aquellos que aprendiendo escriben y escribiendo aprenden”: A141. Deseaba que todos apoyaran la verdad. Y, en sus *Retractaciones* corrige sus textos: A142.

La Santa, gran experta en espiritualidad, describe con “singular maestría y fino tacto”, “precisión y claridad”, la vida contemplativa, “con tanto primor y con tan celestial sabiduría”, como ningún teólogo ha sabido hacer, de modo que, incluso sus confesores aceptaron sus doctrinas. Pero ella creía que podía decir *disbarates*, y dice a su confesor: “No sé si digo desatinos: si lo son vuesa merced los rompa” (V.7): A144. Y, cuando el P. Gracián le exige escribir las *Moradas*, ella le pide: “por amor de Dios que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión, como las demás hermanas, que no soy para escribir, ni tengo salud y cabeza para ello”: A145. Y, algo parecido repite en *Moradas* 1,2: pues: “tomo algunas veces el papel como una cosa boba, que ni sé que decir ni cómo comenzar”. Y, espera que al confesor “le dará Dios otro talento que a una mujercilla como yo”: A146-147. Por eso, el P. Tomás elogia su gran “modestia y naturalidad”, y dice: dichosos los que escucharon sus “sublimes sentencias que cual celestial rocío caían sobre sus almas”: A148.

1.7. Comparación de la Regla de S. Agustín con las Constituciones de la Santa

Todos los fundadores de Órdenes religiosas dejaron plasmado su espíritu en Reglas y Constituciones para el buen “gobierno y dirección” de sus seguidores. Todos viven los Consejos Evangélicos, pero con “diferentes caracteres”, de “variedad y unidad”, que es “una de las más preciosas joyas de la Iglesia, y que logran con su celestial hermosura atraerse las miradas de todos”: A150. Y, también aquí: “vistas las

analogías que entre sí guardan, deducimos que el espíritu de ambos Santos era uno mismo": A151.

S. Agustín basa su Regla en la vida "de los primeros cristianos" como "la describen los *Hechos de los Apóstoles*". Los Carmelitas y otras Órdenes hacen lo mismo: A151. La Santa adoptó la Regla de S. Alberto que estaría "conforme con su espíritu": A152. El P. Tomás compara las dos Reglas, y las Constituciones de la Santa con las Agustinianas, que al ser "una ampliación de la Regla", deben tener "el mismo espíritu": A152.

En ambas Reglas, y las Constituciones de la Santa el "punto cardinal" es "la vida común". Dice Agustín: "Sean para vosotros todas las cosas comunes y distribúyanse a cada uno según lo necesitare" (R.1). Dice la Santa: "En ninguna manera posean las hermanas cosas en particular, ni se les consienta" (Const.: *De lo temporal*). Su Regla dice lo mismo y añade: "mas, tened todas las cosas en común y distribúyanse a cada una lo que hubiere menester": A153. Dice Agustín que no se reciba nada en privado sino que sea todo para la comunidad y lo mismo dice la Santa: A156. Dice el Santo que nadie "coma fuera de la hora, a no ser en caso de enfermedad (R.3), y la Santa: "fuera de comer y cenar, ninguna hermana coma y beba sin licencia" (Const. *De las enfermas*): A156. La lectura durante la comida está en las dos Reglas. S. Agustín insiste en la atención a lo que se leyere, y la Santa que las mortificaciones que allí se permitan "sean con brevedad, porque no impidan a la lección" (Const. Ib.): A157. A las enfermas pide la Santa pobreza y agradecimiento, pero a la Priora que ponga mucho cuidado en que antes les falte "lo necesario a las sanas que algunas piedades a las enfermas" y las trate con caridad y ponga a su cargo las que puedan aliviarlas. Y, eso mismo dicen las Constituciones Agustinianas siguiendo la Regla: A 160-162.

También S. Agustín recomienda que el vestido sea humilde con modestia en todo (R.7). Y, la Santa dice: "El vestido sea de jerga o de sayal negro". "A nadie se vea sin velo", sino con muy familiares o algún fin justo; "ni tengan amistad particular". "Este amarse unas a otras en general importa mucho": A163-165. Agustín conocía bien el corazón humano y preveía "disensiones" y "contiendas", y pide "cortarlas cuanto antes", y "pedir perdón" de las ofensas, de lo contrario

“sin motivo se está en el monasterio”: A165. La Santa dice: “procuren no ser enojosas unas a otras”. Y, en *Camino de Perfección* dice que en las “desavenencias” “cuanto antes corten el mal”, pues, de no hacerlo así, con estos bandos y “puntillos” de honra, “dense por perdidos: sepan que han echado al Señor de casa”: A166-167. En fin, Agustín encarga al Prior corregir las faltas “más por amor que por temor”, y Teresa pide a la Priora hacer todo “con amor de madre, ser amada para ser obedecida”: A168-9.

1.8. Doctrina espiritual de S. Agustín y de la Santa

Recoge el P. Tomás aquí su doctrina y la ordena. S. Agustín no “escribió un libro para exponer los principios de la mística, sino que trató de ellos cuando se le presentaban”. La Santa no sigue “siempre un método rigurosamente científico, si bien es verdad que en las *Moradas* se encuentra expuesta la doctrina mística con harta regularidad”: A174-175. Primero expone su base: que “el hombre tiene por último fin la visión beatífica”, que es “su felicidad”, pero mientras no lo consiga se cumplirá lo que dijo el Santo: “hicisteis-nos, Señor, para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descance en Ti” (*Conf1,1*): A176. Este fin sobrenatural sólo se consigue con la gracia que ilumina el “entendimiento”, por la verdad, y “mueve la voluntad para que abrace siempre el bien” y los “dones celestiales”: A176-177. Pero, tras la caída, hay una lucha de carne y espíritu que hace exclamar a Pablo: *video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae* (Rom 7,23): A177. Esta herida fue curada por la Encarnación de Dios, que se hizo como nosotros, menos en el pecado. Él es la piedra angular que da “solidez y firmeza” a la Iglesia, y, lo que no se apoya en Él “vacila, se derrumba y perece”. Así, Cristo es Maestro, “camino, verdad y vida”, la Vid que da vida a sus sarmientos “para saciar esas ansias de felicidad y de dicha que devoran nuestro corazón”: A178-179.

Entonces, lo que no conduce a este fin es puro desorden y frustración. Y, como peregrinos del Señor, camino de “la patria donde seremos dichosos, nos es necesario usar de este mundo, y no gozar de él” (*Doc. Christ.1,4*): A180-181. Y, dado que “cada uno es lo que es su amor”, según Agustín, vivir “justa y santamente” es tener “bien ordenado el amor”, esto es: “amar a Dios por sí mismo y al prójimo

por Dios”: A182. La Santa expone esta doctrina así: “Entendámonos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardemos estos dos mandamientos, seremos más perfectas”. Regla y Constituciones son los “medios para guardar esto con más perfección (M 1, 2)”: A183-184.

La perfección consiste, pues, en la caridad perfecta, que Agustín reduce a 3 grados: “Nace la caridad para ser perfeccionada. Nacida se alimenta, alimentada se robustece, y robustecida se perfecciona” (*in J-nepist.5,4*). Los 3 grados son: *principiantes, proficientes y perfectos*: A184-185. Los primeros sufren aún sus fuertes pasiones y “apenas pueden conservarse en gracia”. Los *proficientes* han domado “sus vicios” y “con facilidad se abstienen de pecados graves” aunque frecuentan los veniales. Los *perfectos* “corren por la senda de la virtud a velas desplegadas”, procuran evitar defectos y pecados veniales, para que puedan decir: *mi vivir es Cristo y el morir toda mi ganancia* (Fil 1,21): A185. Según S. Agustín, hay que exhortar a todos a la virtud y que “insistan en súplicas llenas de fe y perseverancia y obras de misericordia para alcanzar del Señor la felicidad tan deseada”. Los que aprovechan (*sic autem proficientes*) “cuándo y donde serán plenamente perfectos, no me cансo de investigarlo”, pero sólo lo harán con “la gracia de Dios”: A186-187. Ser perfecto no es estar sin pecado sino adelantar en la virtud que “ame a sus enemigos, resista al pecado hasta la muerte, no tenga afecto a culpas veniales e imite Jesucristo en la mansedumbre y humildad”: A188.

La Santa pasó por estos estados y los expone en su *Vida*, al hablar de los 4 grados de oración, “con sorprendente claridad”: A188. Así, en las *Moradas*, “grado por grado va explicando los caminos por los cuales el alma sube a Dios”. Ella habla de 7 Moradas, pero es fácil reducirlas a 3; porque de su lectura se ve que “el 1º y 2º son propios de los *principiantes*, el 3º y el 4º de los *proficientes* y los restantes de los *perfectos*, conforme a la doctrina de S. Agustín”. La Santa no usa términos técnicos, pero los supone como lo verán los “versados en sus celestiales escritos”: A189.

Aquí vemos algunos de sus escritos. Para la Santa: Los *principiantes* miran su “vida pasada” y dan pena, pues “no acaban de entender que se arrepienten de los pecados, y sí hacen, pues se determinan

a servir a Dios tan de veras” (*V.9*): A190-1. Los *proficientes*, es como sacar agua con “un torno y arcaduces” y “menos trabajo”: “Aquí se comienza a recoger el alma, toca aquí cosa sobrenatural”, porque no puede ella con ello “por diligencias que haga”, “mas, aquí está el agua más alta, y así se trabaja menos para sacarla del pozo; digo que está más cerca el agua, porque la gracia dase más claramente a conocer en el alma”: A191. Y: “Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz” las hierbecillas malas, aunque pequeñas, pero no basta la diligencia “si el agua de la gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestra nada y aún menos que nada” (*V.14*): A192.

El grado 3º y 4º de oración es el de los *perfectos*. Aquí: “el gusto y suavidad y deleite es más sin comparación, que lo pasado, porque da el agua de la gracia a la garganta a este alma que no puede ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás”: A192. Es una agonía y un gozo indecible: “un morir casi del todo a todas las cosas del mundo y estar gozando de Dios”, con “grandísima ternura” y desprecio del mundo: “Sale de esta oración tan animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo” (*V.16*): A193. Los dos Santos hablan de 3 “vías” del alma hacia Dios: “la *purgativa* que pertenece a los *principiantes*”, para “arrancar de su corazón los vicios y plantar las virtudes; la *iluminativa*, propia de los *proficientes*”, ilustra el alma “con las verdades eternas” y fortalece con “obras piadosas”. La *unitiva* para “unir y juntar nuestro espíritu con Dios, mediante la perfecta caridad: y por ella caminan los *perfectos*”: A194-5.

1.9. Vida activa y contemplativa

A todos los que “suspiran por la unión con Dios”, los dos Santos les proponen elegir el camino de la vida *activa* o la *contemplativa*. La *vida activa* lleva a hacer “obras exteriores”, de misericordia, que “es propio de los *principiantes*”. Y, también obras espirituales como “enseñar, confesar o predicar”, en lo que deben ocuparse más los perfectos. “La *contemplativa* tiene por objeto llegar al conocimiento y amor de Dios, por el continuo ejercicio de la lección, meditación y oración”: A195-196. De ambas resulta la vida *mixta* que “abraza la *activa* y la *contemplativa*”. Para Sto. Tomás: “como en toda mixtura predomina algún simple, así también en la *vida* compuesta de ambas, predomina,

unas veces la activa, y otras la contemplativa” (*Suma*, II^a,II^a, q.179, a.2, ad 2um): A196.

S. Agustín dice que cada uno puede abrazar la que “más le convenga”, pero viendo “a qué le inclina el amor de la verdad, y qué cargas le impone la caridad”. Pero: “No debe uno entregarse a la contemplación de manera que se olvide del prójimo, ni engolfarse tanto en la acción, que no busque la contemplación de Dios” (*Cdei* 19,19,9): A197. Estas dos vidas están figuradas en Evangelio, de Marta y María, y la historia de Raquel y Lía. El Santo las describe así: por la I^a “se camina”, por la II^a “se llega”, una limpia “el corazón” “para “ver a Dios, la otra “ve a Dios”; una mira más “las cosas de esta vida”, la otra la “vida eterna”. “Por esta razón, aquélla trabaja, ésta descansa”, una purifica, la otra “se encuentra en la luz de los ya purificados”. Una se dedica más a “las obras piadosas”, la otra a “ver a Dios como por espejo en obscuridad” y, a veces, en una “visión de la Verdad incommutable” (*Decons.evang.1,5,4*): A198-9. No basta con purificarse para unirse a Raquel sino servir 7 años: vivir las Bienaventuranzas: A200.

La vida activa necesita la contemplativa y viceversa, cuando hay que “salir del celestial reposo para dedicarse al aprovechamiento espiritual de las almas”: A201. Esta doctrina la expone la Santa al comparar Marta y María, vida activa y contemplativa. Pues: Santa era Marta, “aunque no la ponen, era contemplativa”. En la Orden “ha de haber de todo”: las de “la vida activa no murmuren”, de las de oración, pues “la mayor parte hace descuido de sí y de todo” (*Camin. de Perf.26*): A202-203.

En las *Fundaciones*, dice que “el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho” y para esto hay que determinarse a “obrar y padecer por Dios”: “es verdad, que del pensar lo que debemos al Señor y quién es y lo que somos (vida contemplativa) se viene a hacer un alma determinada, que es gran mérito y en los principios muy conveniente” (A203), pero, hay que mirar lo que exige la obediencia y caridad con el prójimo (vida activa). Estas dos cosas “piden tiempo para dejar el que nosotros tanto deseamos dar a Dios, que a nuestro parecer es estarnos a solas pensando en él y regalándonos con los regalos que nos da”. Pues, la caridad se hace por Él: *lo que*

hicisteis...y en la obediencia le seguimos obediens usque ad mortem. Y, obediencia y caridad dicen: “entre los pucheros anda el Señor”: “en lo interior y lo exterior”: A204.

Para la Santa, ambas vías, activa y contemplativa, llevan a la perfección “aunque dando siempre la preferencia a ésta”. Pero ama Dios mucho las obras de caridad que exigen “la obediencia y los deberes”, cada uno en “su estado”, y que a algunas contemplativas les costaría mucho sufrir. Así, Marta y María andarán juntas (*Camin. de Perf.*28): A205-206. Agustín dice que: “La caridad de la verdad busca el ocio santo (contemplación): la necesidad de la caridad obliga a hacerse cargo de oficios temporales (acción)” (Cdei19, 19,9). Pero, las dos son necesarias. También la Santa insiste en la obediencia pues: “Aquí, hijas mías, se ha de ver el amor, que no a los rincones, sino en mitad de las ocasiones”, y, aun con algunas faltas, “es mayor ganancia nuestra” la obediencia y caridad, pues sino “es mejor la soledad”, y “hemos de desearla”, en todo, pues es el deseo “continuo” de los “que de veras aman a Dios” (*Fundacs.* 5): A208-210.

1.10. Doctrina acerca de la contemplación

Pero, ¿qué es la contemplación? Para Agustín: “una santa embriaguez por la que la mente enajenada de las cosas pasajeras de este mundo, ve la luz eterna de la sabiduría” (*ContraFaust.*12, 42) y experimenta “los gozos y deleites” de la contemplación con “serenidad y tranquilidad”: A210-211. Para la Santa, el alma está “cabe su Dios, que con poquito más, llegará a estar hecha una cosa con Él por unión. Es como un amortecimiento interior y exteriormente, que no querría el hombre exterior... que no se querría bullir, sino ya como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa y siente grandísimo deleite en el cuerpo y grande satisfacción. Y el alma está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aun sin beber, está ya harta”. “No parece entonces que están en el mundo, ni lo querrían ver, ni oír sino a su Dios” (*Camin. de Perf.*53): A212-213. Las potencias quedan en suspenso, la memoria lee y reza como si no lo hiciera: “La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama” y la mente no “entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de eso que entiende” (*V.18*). Pero, ve “es el mayor bien que en la vida se puede

gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo” (*Conceptos del amor de Dios*⁴): A214.

Así queda el alma “embebida” en gozos tan suaves “que no parece que está en sí”, sino en una “borrachez divina que no sabe lo que quiere, ni qué dice ni qué pide”: A215. Estos efectos están bien descritos en el éxtasis de Ostia. Agustín y su Madre: “*olvidados de todo lo pasado*”: “Buscábamos en la misma verdad que sois Vos, y que estabais presente, qué tal sería aquella vida eterna que han de gozar los santos, que consiste en una felicidad, que ni los ojos la vieron, ni los oídos la oyeron, ni el corazón humano es capaz de concebirla. Abríamos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos que manan de la inagotable fuente de la vida, que está en Vos, para que rociados con sus aguas, según nuestra capacidad, pudiésemos de algún modo pensar una cosa tan sublime y elevada” (*Conf.9, 10*).

Así que ningún deleite corporal es comparable con esta “delicia de la vida eterna”, de modo que pasamos de todas las criaturas, “el sol, la luna y las estrellas”, y entramos en “nuestras almas” para “llegar a tocar en aquella región de abundantes e indefectibles delicias, donde por toda la eternidad apacentáis a vuestros escogidos con el pájulo de la verdad infinita, donde es vida de todos los bienaventurados, aquella misma Sabiduría, por la que fueron hechas todas las cosas que al presente son, las que han sido, y las que serán, sin que ella haya sido hecha, porque es y será siempre lo que ha sido” (*Conf.9, 10*). “En medio de nuestro coloquio”...“llegamos a tocarla con todo el ímpetu y fuerza de nuestro espíritu, aunque repentina e instantáneamente, y suspirando por aquella eternidad, dejándonos allí las primicia de nuestra alma”: A217-218. Luego volvimos a nuestro “común modo de hablar” sin olvidar la Palabra. Pues, si cesasen todos los lenguajes de los sentidos, si callara todo el universo y la misma alma “como olvidada de sí”, y “hablase Él solo a aquella alma, no por medio de las criaturas, sino por sí mismo, de modo que oyésemos su palabra, no de boca de hombre, ni de ángeles”...“sino por el mismo Criador que el alma ama en estas criaturas, le oyera hablar sin ellas, como ahora nosotros mismos acabamos de experimentar en aquel feliz instante, en que nuestro espíritu subió tan alto, que rápidamente llegó a tocar nuestro pensamiento aquella Sabiduría infinita que eternamente subsiste sobre todas las cosas”. Y, faltando todo lo demás, de modo que

sólo sea ésta la que “arrebate el alma, la posea toda y la introduzca donde esté rodeada y llena de gozos interiores, en que la vida eterna sea tal, cual ha sido este momento de clara inteligencia que hemos tenido suspirando, ¿no sería todo esto lo que se le promete diciendo: *entra en el gozo de tu Señor?*” (*Confs.9,10*): A219-220. Así, no hay duda que ambos Santos experimentaron el mismo gozo del Señor. Pero, ahora, toca hablar de cómo se llega a este estado.

1.11. Los 4 primeros grados de S. Agustín y las 4 primeras Moradas de la Santa

S. Agustín no expone los grados de “la contemplación” sino los pasos a “recorrer para alcanzar la Sabiduría” que es “el conocimiento y amor” del Dios inmutable (*In Ps135,8*) (*DeTrin.12,14*): A222. Para el P. Tomás, las *Moradas* (M), “una obra verdaderamente celestial”, *que él no se cree capaz de mejorar, pero que dice es “como un comentario”*, al *De Doctrina Christiana* de S. Agustín, y ofrece los textos para que “el lector juzgue por sí mismo”: A223. Así, “el temor de Dios” nos da “a conocer su voluntad”, qué “debemos amar o aborrecer”, y suscita “el pensamiento de nuestra fragilidad y de la muerte”, que clava en la cruz la “soberbia” (*Doc. Christ 2,8*): A223-224. “En estas palabras está compendiada la I^a Morada de Santa Teresa”, que “consiste en el conocimiento propio” que se alcanza al mirar “nuestra bajeza y la grandeza de Dios, nuestra suciedad y su limpieza”. Este grado I^o de “la contemplación es la humildad; porque si el conocimiento propio es verdadero tiene que ir acompañado de ella”: A224. Sin ella no podemos “conocer nuestra miseria y pequeñez”: “Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí deprenderemos la verdadera humildad”; “y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde; que aunque esta es la I^a Morada, es muy rica y de tan gran precio que si se descabulla de las sabandijas de ella, no se quedará sin pasar adelante” (M1,1): A225. Aquí, se dominan “los ímpetus o movimientos de soberbia”. Las almas, de esta Morada, “embebidas en el mundo y engolfadas en sus contentos”, “en sus honras y pretensiones”, “fácilmente son vencidas”, pues son principiantes “que acaban de salir del lodazal de sus culpas por el sincero arrepentimiento de ellas”: A225-226.

Así, dice S. Agustín: “¿Quién es el humilde sino el que teme a Dios y mediante ese temor, quebranta su corazón con lágrimas y verdadera penitencia? (Sermo347,1,2)”. Ese temor de Dios hace “bienaventurados los pobres de espíritu”, “los no orgullosos, los no soberbios” (*Sermo Dni., in monte* 1,4): A226-227. Este grado Iº se ha de apuntalar con la docilidad a la Escritura “cuando se nos oculte” lo que “no podemos comprender”: A227. Esta misma docilidad debe extenderse a toda “voluntad de Dios”, más en las contradicciones de la vida, que son “ocasión de decir: *No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú, oh Padre*, pues son *bienaventurados los mansos, pues ellos poseerán la tierra* de los que viven eternamente (Mt5): A228. Así, el Santo quiere, que purificados del pecado, unirnos a la voluntad divina, en combate con el “amor propio, y con el mundo y el demonio” para adelantar en la virtud: A229.

La Santa coloca en la IIª Morada a las personas que han comenzado a “tener oración”, pero “no dejan las ocasiones, que es harto peligro”. Están divididas, entre Dios y el mundo, luchan con los demonios, ayudados de la sana razón y las mejores armas que son “las de la cruz”: A230. Aquí, la fe “les enseña cual es lo que les cumple”, y es error grande apartarse de su dictamen “creyendo más lo que vemos, que lo que ella nos dice” (M2^a): A231. La insistencia en la fe y la voluntad de Dios une a los dos Santos. La Santa incita, en esta Morada, a no quererle “aconsejar lo que nos ha de dar”, pues con razón nos dirá que *no sabemos lo que pedimos*, sino poner mucha diligencia para conformar la voluntad “con la de Dios” que es “la mayor perfección” (M2^a): A232.

El grado IIIº para S. Agustín es “la ciencia”, que se ocupa de las “divinas Escrituras”, que nos inculcan el amor a Dios y al prójimo, para no enredarnos en “el amor de este siglo” que nos llevará “muy lejos de amar a Dios y al prójimo” con la perfección que piden “las Escrituras”: A233-234. Esa ciencia da “buena esperanza”, pues al soberbio y jactancioso hace “penitente y humilde” y que “no le abrume la desesperación”; se aleje de los peligros, y mire los “afectos del corazón” para “aumentar el amor de Dios y del prójimo” y no ser dominado por “la soberbia”: A235-236.

Para Santa, la almas en la IIIª Morada se guardan de ofender a su Majestad, aun levemente, y buscan el recogimiento y las penitencias:

gastan su tiempo en “en obras de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de casa”: A237. Pero siguen apegadas al mundo, como el joven del Evangelio, al que, en estas Moradas, “traigo delante, porque somos ansí al pie de la letra” (M3^a); A237. Otro defecto, es la “tenacidad de juicio, persuadiéndose que en todo obran con rectitud”: no aceptan “consejos de otros” y “siempre quieran que se obre según su parecer, cosa que traía a la Santa ‘tonta y temerosa harto’”, pues ponen la soberbia como virtud. Pero hay que rendirse a Dios para que no se haga nuestra voluntad, sino la suya. Así, con “humildad” y “amor de Dios”, sin temor, “entrarán en el cuarto grado”: A238-239.

Este IVº grado: “Consiste en la fortaleza, y los que llegan a él, *tiene n hambre y sed de justicia*, de modo que rompen con deleites terrenos y “convierten su amor a los eternos, amando a la inmutable Trinidad y Unidad” (*Doc.Christ.*): A239⁴. Así, están crucificados para el mundo que no consigue “resfriar su caridad” y “con denuedo toleran el hambre y sed de justicia que los devora hasta que logren hartarse de ella en la inmortalidad de los santos y en compañía de los ángeles” (-Sermo347,3): A240. Aquí se ven las almas muy combatidas, pero el Señor “suele premiarlas con las dulzuras de una oración muy elevada”, dice la Santa: A240-241. El demonio las combate pero Dios las fortalece para “la consecución del objeto amado” (*De mor.ecles.1,15*): A241. Y, se dilatan en el amor eterno, se apartan de las inmundicias, “con la ayuda de Dios” las vencen, y “llevan a cabo la ardua y difícil empresa de su purgación” (*De quant. animae. 33,73*): A242.

En la Morada IV^a, la Santa expone la oración de “recogimiento”, con sus bienes: libera de “las cosas del mundo” y “ni temen hacer penitencia, ni perder la salud, porque les parece que todo lo podrán en Dios”. Pues, en todo, lo que pasen por Dios, Él les dará gracia para tener paciencia y “una buena voluntad de hacer algo por Dios”. Y, “como han probado ya los gustos de Dios, ven la basura del mundo, se van apartando de él, y “son más señoras de sí para hacerlo” (M4^a,3): A243. El demonio las combate, y deben huir de los peligros, pues, si

⁴ Aquí se ve bien cómo S. Agustín une los grados de perfección a los dones del Espíritu S. y las Bienaventuranzas: Cf. NATAL, D., “La IV^a Bienaventuranza según S. Agustín”, *Revista Agustiniana* 181-182 (2019) 185-216.

un niño se aparta de su madre, sólo se puede esperar “la muerte”. La Santa no cita aquí la fortaleza sino sus combates (M4^a,3): A 244-245.

1.12. El Vº y VIº grado de Sabiduría, en S. Agustín, y la Vª y VIª Morada

“Los grados restantes son, en sentir de Santa Teresa, casi los mismos”, pero ella los explica, por sus pasos, “para mayor claridad de las altísimas y ocultísimas cosas que trata” y “dar reglas” y “avisos saludables” a los que se hallan en ellos: A245. Así, habla de “la oración de unión” con Dios, los “raptos, éxtasis y visiones” y formas de “verificarse”, “lo que son hablas interiores”, el “desposorio y matrimonio espiritual” y otras cosas muy delicadas, que pasan a las almas elegidas por Dios “para recrearse en ellas y hacer ostentación de sus bondades y misericordias”: A246. S. Agustín habla de estas cosas, en “distintos lugares de sus obras”, pero no lo hace con la detención de la Santa ni con “esa precisión y minuciosidad que admiramos en los escritos de la ilustre Reformadora, quien como muy experimentada no haría más que contarnos lo que pasaba por sí misma”: A246. Agustín no trató esos detalles, aunque fue “uno de los santos más favorecidos con éxtasis y visiones”. Por eso, el P. Tomás, al no contar con el tiempo ni “la ciencia necesaria para hacerlo”, renuncia a “formar los paralelismos”, “en muchos de estos puntos”, y sólo trata “las disposiciones” de “las almas, para recibir esos regalos extraordinarios”, y “de los éxtasis y visiones”: A247.

Así, S. Agustín, superados los deleites mundanos, mira a la Trinidad eterna y con su “luz deslumbradora entra en el Vº grado, esto es, en el consejo de la misericordia, donde procura limpiar su alma de las manchas” y de “los apetitos inferiores”. Se ejercita en el amor al prójimo por “el perdón de las ofensas”, para ser perdonado y verse libre de sus “miserias y bajezas” por la misericordia divina: A248. Aquí busca el alma “quietud y sosiego de sus apetitos”, para contemplar la hermosura infinita que vislumbra, y desea las mayores pruebas y renuncias “a trueque de estrecharla y unirse con ella”: A249. Pues, lo que ha visto in *longinqua radiantem* viene de una “elevación sobrenatural de su entendimiento” con “sosiego de los apetitos”, “acendrado amor hacia le prójimo” y “esperanza tan robusta y constante”, que en la Santa son

caracteres que “distinguen a las almas a quienes Dios ha elevado ya a la oración de unión”. De ese amor a Dios nace “un hastío de todo lo criado”, sin hallar reposo, y un amor al prójimo, con “honda pena” de “cuantas almas se pierden”, del que nace el deseo de su progreso “espiritual”: A250.

Por su parte, la Santa destaca una especie de “embobamiento en que Dios pone al alma para imprimir mejor en ella la verdadera sabiduría, y aquel fijarse Dios”, en su interior, de modo que cuando vuelve en sí, no “puede dudar que estuvo en Dios y Dios con ella” (M5^a,1): A251. Para la Santa: “por agudas que sean las lagartijas, es decir, los apetitos inferiores no pueden entrar en esta morada”. S. Agustín habla “del ruido y tumulto de esos apetitos”, y la Santa de “la graciosa mariposita, que ha salido del capuchillo, que tejió a fuerza de trabajos para despojarse de su amor propio” y de “las cosas de la tierra”, con oración, mortificación y obediencia, y anda desasosegada “que es cosa para alabar a Dios, y es que no sabe a dónde... hacer su asiento”, pues como ya lo ha tenido en Dios, todo lo de “la tierra le descontenta”(M6^a,2). Descansa, en el amor de Dios y el prójimo, “con grandes deseos” de ayudar a todos, goza que adelanten “en la virtud”: A252-254.

En la Moradas VI^a se destacan “los singulares favores que se hacen a las almas” “en estas moradas”. Según S. Agustín, el hombre, lleno de esperanza y fortaleza, “purifica el corazón”, para ver a Dios, y, “en tanto le ven, en cuanto mueren a este siglo”: A255. Pero, aquí vemos *aún por espejo* (1Cor 13,12), más bien por fe que por visión (2Cor 5,7), pues *nuestra morada está en los cielos* (Fil 3,20): A256. Así: “Al VIº grado corresponde la limpieza de corazón”, con “buenas obras, y poder para remontarse a contemplar aquel sumo bien”: A257. Pues: “El don del entendimiento conviene a los limpios de corazón”, por el cual, “puede verse *lo que jamás vieron ojos corpóreos, ni oído oyó, ni pasó nunca por el corazón del hombre* (1Cor 2,9)”(Serm. Dni.in monte 3;4): A258. Y, “sus más vivos deseos son morir ya a este mundo y vivir en Cristo”, y “anegada en el océano de los resplandores eternos”, “contempla maravillas” y “descubre celestiales secretos” que Dios reserva “para premiar en su reino a los que de verdad le aman”: A 259. Aquí: “Son frecuentes los éxtasis, visiones y raptos”: Dios descubre su “grandeza y hermosura” al alma con gran dulzura y la une consigo de tal modo “que podemos asegurar se realiza entonces el desposorio espiritual”:

Yo toda para mi amado, y mi amado para mí: A260. Así, “se consume en llamas del más puro amor”, nada le aparta de Dios con quién tiene “la dicha de unirse” con los suavísimos “lazos de la caridad” en “castas delicias y amorosos regalos”: A260.

Según la Santa, en esta Morada “quedá el alma herida de amor del Esposo y no procura más lugar que estar sola” y “para gozar más a sus anchas de la vista amorosa de Dios se aparta del bullicio”, pues “su hermosura tan grabada ha quedado en su corazón”; pero, sufre trabajos de personas amigas, “enfermedades” y “desconsuelos”, tan grandes, que “si se conociesen antes, sería dificultoso determinarse la flaqueza natural a pasarlos por bienes que se le presentasen”: A262. Pero, todo lo supera, y las que más le hacen sufrir le parecen “son más amigas y que le dan más a ganar que las que dicen bien (M6,1)”. Eso dirá Agustín del amor a los enemigos y “contratiempos”. El Santo explica en los éxtasis, hablas y “vuelos del espíritu”, los signos para saber “si son de Dios, de la imaginación o del demonio” y el estado del alma con “tan singulares favores” que Dios da a “los que se hallan dispuestos”, muertos a los deleites del mundo, que “no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros del cielo y de la tierra”: A263-265.

Además, contra los que dicen que los contemplativos no deben pararse a meditar sobre la “Humanidad de Jesucristo”, María o los santos, porque estorbaría “la contemplación” de “amor”, la Santa afirma que meditar estos misterios es muy provechoso y “que nadie le haría entender, sea cuán espiritual quisiere, irá bien por aquí” (M6,7): A266. Ella aduce su experiencia: “vi yo que el demonio me quería engañar por ahí”, y, así, sentencia: “mirá que oso decir, que no creáis a quién os dijere otra cosa” (M6^a,7; V2). E, insiste: sin lo corpóral y “abrasados en amor es para espíritus angélicos que no para los que vivimos en cuerpo mortal”, pues eso sería “apartarse de industria de todo nuestro bien, que es la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo” y los que eso hagan “no entrarán en las dos moradas últimas”.

El mismo Cristo nos dijo que Él es el *camino*, y que *nadie va al Padre sino por mí*. Por tanto: “perdida la guía y errado el camino, difícil es llegar con bien al término del viaje” (M6^a,7): A267-8. Añade la Santa que “ni es bien esperar milagros”. Así que cuando no sentimos

la presencia de Dios “es menester que le busquemos”, como “lo hacía la Esposa en los *Cantares* y preguntemos las criaturas quién las hizo, como dice S. Agustín, creo en sus meditaciones o *Confesiones*, y no nos estemos bobas, perdiendo el tiempo en esperar lo que una vez se nos dio” (M6^a,7). S. Agustín insiste en Cristo Camino: “siguele y llegarás a Dios”, “porque si no hubiera querido ser nuestro camino siempre andaríamos extraviados” (Serm141, 3,4): A269-270.

1.13. Doctrina de S. Agustín y Santa Teresa acerca de los éxtasis y visiones

Para la Santa, “éxtasis, arrobamientos, suspensión y vuelo del espíritu, son una misma cosa”, pero se distinguen en la “manera de verificarse” (V20; M6^a). En S. Agustín el éxtasis es un: *Excesus et alienatio mentis* (in Ps30.1)(A272) con causas naturales y sobrenaturales, en la imaginación, el demonio y “la gracia de Dios”, que trata Agustín en el *De Gen.ad litt.13*, pero más de las “visiones y sus causas”. Para él, el éxtasis es: “una enajenación de la mente de los sentidos del cuerpo, causada por el espíritu de Dios que invade el del hombre” para “ver ciertas imágenes que se le presentan” (*Divers.quaest ad Simplic.* 2, 1, 1): A273-274. En estas visiones sobrenaturales se apaga “el uso de los sentidos”.

La Santa dice: “parece no anima el alma en el cuerpo, y ansí se siente muy sentido, faltar de él el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite” (V20). Se sale el alma de los sentidos, “porque si estando en ellos se viese tan cerca de esta gran Majestad, no sería posible por ventura quedar con vida” (M6,4). Estos se distinguen de los imaginarios o *abobamientos* y de los que causa el demonio. Da reglas para discernirlos, pues Dios le regala “dulzuras” celestes que aprovecha el demonio para “engañarla y seducirla”: A275-276. Para el Santo, la visión es “la potencia visiva informada por el objeto que le hiere” (*De Trin.11,2*), y puede ser “corporal, espiritual e intelectual”. La primera es la ordinaria, la espiritual ofrece “objetos bajo formas sensibles, y la intelectual es aquella que se realiza en la mente sin representación alguna de objetos corporales” (*De Gen. ad.12,6*): A277.

Lo mismo dice la Santa, pero llama “imaginaria” a la que Agustín llama “espiritual”. La visión intelectual es, como la que tuvo S. Pedro, clara como el sol “sin que se vea sol, ni claridad, sino una luz que, sin ser luz, alumbría el entendimiento, para que goce el alma tan gran bien”(V27;M6^a,8): A277. En la imaginaria, el Señor nos muestra su Humanidad, como cuando “andaba en el mundo, o después resucitado”, y es como “un relámpago”, pero queda tan grabada “esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella”. No es una imagen pintada sino “viva, y algunas veces está hablando con el alma y aun mostrándola grandes secretos” (M6^a,9;V28):A278. En las visiones intelectuales, “puede muy poco” el demonio, pues “se realizan en lo más interior del alma”, y los sentidos no las pueden estorbar. En cambio, “en las imaginarias es grande su poder” y hace “muy difícil distinguir” si son “del espíritu bueno o del malo”. Según Agustín, las imágenes convenientes son de Dios, las otras del demonio y “ningún caso se ha de hacer de ellas” (*De Gen. ad litt.*12, 13,28)": A279.

Los místicos piden fijarse si aprovechan o arruinan el alma, si van o no contra la fe o son frívolas y vanas. A veces se comienza bien pero luego todo se tuerce como en el actual *espiritismo*. Por eso, se necesita *el discernimiento de espíritus*, y el que lo tiene “conocerá a primera vista la causa de donde proceden” (*DeGen.ad litt.*12,13,28): A280-281. La Santa añade otros criterios como una gran certeza “que se tiene de ser Dios, la paz y quietud que causan en el alma y la determinación firmísima de ejercitarse con nuevo fervor en las cosas del espíritu”. Entre todas estas señales es “la más segura el juicio de un confesor sabio y experimentado y, a poder ser, dotado de discernimiento de espíritus”(M6^a,9;V28): A281. Advierte, además, “que no se acobarden ni turben por pensar si son o no de Dios” pues con tal que “tengan humildad y traten de agradar más y más al Señor, no les resultará daño alguno”, y, donde el demonio busca mal, les vendrá gran “ganancia” (Ib.): A282. Igual dice S. Agustín, de esos engaños: si “no habido infidelidad u observancia vana o sacrilega”, “no se yerra en la fe” ni se asiente “a la perniciosa tentación”, y “se sujeta todo a Dios” en nada perjudicarán: A282-283.

S. Agustín expone que en la “visiones intelectuales” no puede haber engaño, como dice la Santa de forma más expresa en *Las Moradas*, pues: “quedá el alma tan asida de Dios y tan ocupado su pensamiento

en Él, que hace mucha rabia al demonio”, que “sale perdiendo”: “es Dios tan fiel que no permitirá darle tanta mano con alma que no pre-tende otra cosa sino agradar a su Majestad” (M6^a,9): A285. S. Agustín dice que el alma es arrebatada a “aquella como región de las cosas inteligibles”, y ve la verdad sin niebla ni oscuridad, “sus potencias no trabajan”, ni necesita de las virtudes cardinales, porque “allí toda la virtud del alma se emplea en amar lo que ve y su mayor felicidad es tener lo que ama”. “Allí gusta la vida bienaventurada”, y vive “justa y santamente”, en el mundo, en el “descanso verdadero” de “la claridad de Dios”. No es una visión profética sino como es “capaz la mente humana, fortalecida y ayudada de la gracia”: Dios habla cara a cara al que es “digno de tal coloquio, y esto no con palabras corpóreas sino mentales” (*DeGn. ad.12,26*): A286-287.

Para la Santa, cuando pone Dios así, al alma, “todo lo halla gui-sado y comido, no hay más que hacer que gozar” como quién sin “deprender a, b, c,” ni “estudiado nada”, “hallase toda la ciencia sa-bida”. Es un “don celestial”, pues “se ve el alma en un punto sabia y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas”. Y, “trata con ella con tanta amistad y amor que no sufre escribir”, y el deleite es tan sobre los de “acá”, que hace aborrecerlos como “basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos eternamente” (*V.27*): A288-289.

1.14. Último grado de la Sabiduría en S. Agustín y la VII^a Mo-rada de la Santa

“Adornado el hombre de las virtudes y las perfecciones” del “gra-do anterior” llega “al séptimo y último, que es la Sabiduría, de la cual goza tranquilo y sosegado” (*Doc.Christ. 2,7, 11*). Dice el Santo: “La sa-biduría, es decir, la contemplación de la verdad pacifica todo el hom-bre y le asemeja a Dios” (*Sermo Dni., in M.1,3*): En los pacíficos todo está bien ordenado, sin rebeldía: “todo obedece al espíritu del hom-bre, puesto que él obedece a Dios” (*Ib.1,4*): A291. Los pacíficos, como hijos del Dios de la paz, sujetan a la razón sus pasiones y labran en sí “el reino de Dios”: A292. Su razón se sujetta al “más noble”, “el Hijo

unigénito de Dios, porque nadie puede imperar a los inferiores, si él no se sujet a al que le es superior". Y, establecida la paz "en lo interior del hombre", sus dificultades aumentan "la gloria que es segn Dios" al poner de manifiesto su "firmeza y solidez": A293. Esa paz nadie la puede destruir: "son ya tan fuertes y tan queridas de Dios" que, con su gracia, tienen "sujetos los apetitos a la razn": A295. Así, el hombre *se une con Dios y se hace un espíritu con Él* (1Cor 6,17), como pedía Jesús en la ltima Cena (Jn17,21), y, as: *Mi vivir es Cristo* (Fil 1,21), "de donde nace esa sujecin y obediencia a la voluntad divina de que nos habla el Santo Doctor". Aqu se consuma el "matrimonio espiritual": Dios llena a los hombres de consuelos celestiales, en señal de los "gozos inmortales" que les harn "bienaventurados": A296-297. El VII grado es "mansin" de "gozos y deleites", en "serenidad y tranquilidad", que "se experimenta en la contemplación", segn dijeron grandes almas "a quienes creemos se dio a gustar tanta dicha" (*De quant., anim.* 33,75): A297.

La Santa habla de esta Morada como de un retiro interior "esco- gido por Dios para morar en él como en el cielo". Aqu se pacifican las "potencias" sin que falten algunas "contradicciones y trabajos", como "un Rey est tranquilo y sosegado en su palacio, por más que haya muchas guerras en su reino". Y, "aunque en estotras Moradas anden muchas barahndas, y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, naide entra en aquella, que le haga quitar de all": A298. Y, si lo que oye le da "alguna pena, no es de manera que lo alboroten y quiten la paz, porque las pasiones stán ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar all, porque salen más rendidas" (M7^a,2). "Esta paz tan constante nace del matrimonio espiritual, que del modo más sabroso y delicado ha contraído con su celestial Esposo, all en lo más secreto del espíritu encontrndose de repente adornada de esa deleitosa quietud, como de joya muy preciada": A299. Para eso, se aparece el Esposo como lo hizo a sus discípulos "cuando les dijo: *Pax vobis*". Una merced tan grande no se comparará "sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria del cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual". Así, queda "esta alma, hecha una cosa con Dios, que como es tambén espíritu ha querido su Majestad mostrar el amor que nos tiene" (M7^a,2): "Dios comienza a ser vida de esta alma, apoderándose de todas sus potencias". La gobierna toda,

sin que “nada perjudique a la libertad” para que sus obras “sean meritarias”: A300.

A todo esto, le acompaña “un deseo tan extremado”, de la voluntad de Dios, que “todo lo que su Majestad hace, tiene el alma por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena, si no, no se mata como solía” (M7^a,3): A301. Los regalos que aquí recibe, son “sin miedos ni alborotos”, pues el alma trae siempre “al Señor en lo más interior de su espíritu” y “ha encontrado ya su reposo y de nada se espanta, ni admira” pues ya lo tiene todo. Y, como, en la construcción del templo, de Salomón, “no se había de oír ningún ruido: ansí en este templo de Dios, en esta morada suya, sólo Él y el alma se gozan, con grandísimo silencio” (M7^a,3). Distingue esta Morada que apenas “hay sequedad, ni alborotos interiores”, como “en las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre” (M7^a,3). Esta es “precisamente la diferencia que pone S. Agustín”: A302.

Con todo, no es posible vivir sin algún pecado, si no es por gracia muy especial de Dios, como creían los pelagianos. Hasta S. Pablo reconoce luchas e imperfecciones que le atormentaban y Dios permitía *para que no le ensorbecieran sus visiones* (*De pec. merit. et remis.* 2,16). La Santa dice: a nadie se le pase por la cabeza que no tendrá pecados, pero de los mortales “están libres”, pero “no seguras”, “que no les será pequeño tormento” (M7^a,4): A304. No todo es regalo, se necesitan obras, pues “para esto es la oración, y de esto sirve matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras” (M7^a,4). En S. Agustín, se llega a la perfección y ver a Dios, “procurándolo, trabajando, orando y suplicando” (*De natura et gratia.*, 65): A305.

También los dos Santos nos marcan el camino más seguro “para alcanzar la perfección”, pues muchos en él se han engañado. Lo primero es que Cristo “nuestro Maestro” no nos llama a hacer milagros ni resucitar muertos sino “que nos manda y quiere que aprendamos de Él a ser *mansos y humildes de corazón*”. La “perfección es seguir a Cristo”: *Aprendiendo de él a ser manso y humilde de corazón* (Sermo142, inJnEv., cs.7-9): A306. Para S. Agustín, “el camino más seguro es la humildad”, su mejor cimiento, pues el mayor peligro es la vanagloria. Y, así, lo explica a Dióscoro: Pues para alcanzar la sabiduría hay que seguir la senda que “nos trazó el que siendo Dios, conocía nuestra debilidad y flaqueza.

Esta es: *primero la humildad, segundo la humildad, tercero la humildad, y cuantas veces me preguntares te responderé siempre lo mismo*". Hay otros preceptos importantes, pero "si la humildad no precede, acompaña y persevera en lo bueno que hicéremos, nos robará la soberbia todo el mérito que pudiéramos haber adquirido" (Carta 118, 4,22): A307-308.

Y, la Santa dice que la perfección es hacerse "esclavas de Dios", marcadas con el hierro de la Cruz, y nos puede "vender por esclavos": "como Él lo fue", "no le hace ningún agravio, ni pequeña merced": A309. Y, si no se determinan a esto, no aprovecharán mucho, porque de todo este edificio "es su cimiento la humildad, y si no hay esta de veras, aún por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no de todo en el suelo": A309. Y, así, hay que poner cimiento muy sólido con la humildad para que "puniendo piedras tan firmes, que no se os caya el Castillo" sino "siempre os quedaréis enanas" (M7^a,4): A310. Tal es la doctrina del Santo que consiste en "la unión con Dios mediante la caridad". Como dice el Señor: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt16, 24): A310. S. Agustín y la Santa en sus reglas "para alcanzar la perfección, no han hecho más que comentar estas palabras": "ser humildes, pacientes e imitadores de Cristo": A311. Nada hay aquí de platonismo ni naturalismo, como creyó Rousselot, al hablar de los Místicos Españoles, sino puro Evangelio: A312.

CONCLUSIÓN

En fin, lo dos Santos nos han mostrado un "ancho y dilatado campo, sembrado de flores y cubierto de rosas", para "tejer una corona que mereciese brillar en la frente del genio prodigioso de Hipona y de la heroína Reformadora del Carmelo", que hemos recogido de los "admirables escritos" de "esos dos amantes corazones": A314-315. Pero: "Tienen aún campo abierto los amantes de estos gloriosos Santos", para provecho de todos y gloria de Dios, "que con todas veras procuraban S. Agustín y Santa Teresa y lo que todos conforme a nuestras fuerzas debemos procurar": A317⁵.

⁵ Para completar algunos temas tratados por el P. Tomás como: *Dios vida del alma, la Humanidad de Cristo, la Conversión y otros* se leerá con provecho: TERESA

Y, para completar la obra del P. Tomás y ver la relación de la Santa con la Orden Agustiniana, hasta nuestros días, puede verse el magnífico estudio de Rafael LAZCANO, *Presencia de Santa Teresa de Jesús (1515-1582) en la Orden de San Agustín*: I. Introducción. II. Teresa en los conventos de Agustinas: Nuestra Señora de Gracia (Ávila), San Miguel de los Ángeles (Villadiego, Burgos) y la Encarnación (Madrid). III. Fray Luis de León, editor y biógrafo de la madre Teresa. IV.- Teresianismo agustiniano del s. XVII hasta nuestros días. 4.1. *Escritos devocionales, principalmente sermones*. 4.2. *Perfiles de Santa Teresa*. 4.3. *La Santa mística*. 4.4. *Santa Teresa, poetisa*. 4.5. *Manuscritos teresianos de El Escorial*. 4.6. *Santa Teresa y San Agustín*. 4.7. *Doctora de la Iglesia*. 4.8. *Poemas teresianos*. V.- Conclusión. En: *Santa Teresa y el mundo teresiano del Barroco*, San Lorenzo del Escorial 2015, pp. 823-844.

DOMINGO NATAL ÁLVAREZ, OSA

DE JESÚS, *Juntos andemos, Señor*. Narcea, Madrid 2014. Introducción y selección de textos de Montserrat Izquierdo. Para su carácter vital y estilo literario: SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las Fundaciones*. Prólogo de Olvido G. Valdés. Cálamo, Palencia 2009. Y, para toda su Vida, Obra y Espiritualidad: «Carta del R.P. Maestro Fr. Lvys de León a las MM. Priora Ana de Jesús y RR. Carmelitas Descalzas del monasterio de Madrid en recomendación del espíritu y doctrina de la S. Madre Teresa de Iesvs».

